

á realizar en todas las edades. Así lo está probando diariamente en nuestro tiempo. Dondequiera que florece su espíritu, vense con asombro multiplicadas las obras más grandiosas: aquí se ve levantarse una basílica, allí un hospital de incurables, más allá un asilo de huérfanos ó una escuela ó un taller. ¡Árbol de la caridad frondoso, inagotable! ¿Qué sería de la pobre humanidad el día que le negases tus frutos y tu sombra? ¿Podría acaso proveer á sus necesidades y curar todos sus males la equívoca filantropía, la caridad falsificada? Pero no, no faltará jamás entre vosotros esa piadosa hija del cielo, porque lo es del corazón de María y de la verdadera Iglesia. Y mediante el concurso de esa virtud divina, el hombre disfrutará siempre de las preciosas mercedes de María, y sus devotos obtendrán gracias de redención de las miserias de la vida presente y de salvación en la futura. *Así sea.*

SERMÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

(predicado en Medellín [Colombia], septiembre de 1894).

**María, baluarte de la fe, sostén de la esperanza
é incentivo de la caridad.**

Ego mater pulchræ dilectionis et ... agnitionis
et sanctæ Spei. Eccli. 24, 24.

1. Lo que para toda la Iglesia católica es motivo de santo regocijo el día de hoy y despertador de piadosas emociones, eslo muy especialmente para vosotros, amados hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes, para vosotros que, en medio de esta religiosa ciudad,

formáis ese importante centro de piedad y buenas obras conocido con el dulce nombre de *Hermandad* de María¹. En efecto, al recordar aquel hecho brillantísimo de la historia eclesiástica en el fecundo siglo XIII, hecho, ó, mejor dicho, cadena de sucesos que no es dado explicar sino por la sobrenatural intervención de la poderosa Reina de los cielos, conviene á saber, la redención y libertad de millares de cautivos, los fervorosos hermanos de María, atónitos á vista de tales maravillas, no pueden menos de sentirse obligados á tributar á su Patrona solemne homenaje de fe, gratitud y acendrado amor. Ellos, haciéndose intérpretes y voceros del sentimiento universal de la Iglesia, bendicen en este día la magnificencia de la piedad divina, aclaman con entusiasmo el poder de la Virgen potentísima, y sienten con tal motivo afianzarse más y más su filial confianza, y encenderse más la llama de la caridad fraternal en sus devotos corazones. ¿No son éstos los afectos de que rebosan los hermanos de Nuestra Señora de las Mercedes en estos días en que con tanta solemnidad celebran las fiestas de su excelsa Patrona?

2. Pues no pueden ser otros, mis amados oyentes, los frutos bien sazonados de la verdadera devoción á María Santísima, *frutos de honor y de virtud*², que esta festividad está destinada á hacer germinar en el corazón del pueblo cristiano. Tal es, en efecto, ó tal debe ser el carácter de la devoción á la santa Madre de Dios, la fecundidad en frutos de santificación para las almas;

¹ La Hermandad de las Mercedes erigida en la Iglesia de San Benito de la ciudad de Medellín, celebra anualmente su fiesta con solemnes cultos durante cinco ó seis días consecutivos.

² Eccl. in Lit. lauret.

y con este objeto la estimula y alimenta constantemente con la doctrina y el culto la Iglesia de Cristo, gobernada por el Espíritu Santo. Por eso María nos dice, según la pía interpretación de los doctores: *Yo soy la Madre del hermoso amor, del conocimiento y de la santa esperanza*¹. Y he aquí lo que va á ser hoy el objeto de vuestra piadosa atención, así para enseñanza provechosa de los hermanos de Mercedes, como para edificación de todos los fieles en general. Váis á ver, sin salir del argumento de la festividad que celebramos, cómo la devoción á la Santísima Virgen ha sido y es para el pueblo cristiano baluarte de la fe, sostén de la esperanza y vivísimo incentivo de la caridad. ¡Quiera el dulce Redentor del cautivo género humano, por mediación de su amabilísima Corredentora y Madre, concedernos aumento de estas tres divinas virtudes, para cuyo logro saludaremos á la dispensadora general de mercedes con las palabras del Ángel: *Ave María*.

I.

3. La fe parapetada tras la devoción á María, *la Virgen fiel*², tiene que ser inexpugnable, como aguerrido batallón hecho fuerte en la torre de David, de la cual penden millares de escudos y armaduras³. Innumerables son y fueron siempre los enemigos empecinados de la fe cristiana; violentos y redoblados los tiros que le asestaron para derribarla del trono del espíritu humano en donde se asienta como reina; pero el hecho incontestable es que hasta la hora presente, y al cabo de diez y nueve siglos de lucha sin tregua, la fe divina permanece dueña y señora de su augusto

¹ Eccli. 24, 24.² Eccl. in Lit. lauret.³ Cant. 4, 4.

trono. Ahora bien, cristianos, ¿no os parece que la devoción á la Madre de Dios ha sido siempre y es todavía su más firme baluarte? Así me lo persuaden de un modo evidente la razón y la experiencia. Y apoyado en estos fundamentos me atrevo á aseguráros que no es hacedero arrancar la fe de un corazón sinceramente adherido al culto de la Santísima Virgen. Preciso sería derribar primero los cimientos de esta devoción para echar luego por tierra el edificio de la fe. Sed devotos de María, y perseveraréis creyentes: la incredulidad no podrá abrir brecha en vuestras almas.

4. En efecto, no se necesita de largos y sutiles razonamientos para convencerse del enlace estrechísimo que liga la devoción á la Virgen con los sentimientos y la profesión de nuestra santa fe. Y, si no, decidme: ¿por qué honráis á María, carísimos hermanos? ¿por qué la amáis con encarecimiento? ¿por qué fiáis de ella los intereses de vuestra salvación eterna? ¿por qué la invocáis instantemente en vuestras necesidades? ¿No son éstas las principales prácticas de vuestra devoción á la soberana Reina de las Mercedes? Pues bien; ¿cuál es la razón en que estriban todas ellas? Sin duda, me responderéis, es el alto concepto que de su dignidad, de su poder y su misericordia nos hemos formado, persuadidos de que, bajo de Dios, no tiene igual ni aun semejante: *Es la primogénita antes de todas las criaturas*¹. Decís perfectamente. Pero ¿quién os ha hecho concebir esa idea tan elevada como justa, de aquella criatura singular? ¿No es precisamente vuestra fe de católicos? ¿no es esa luz la que os ha hecho com-

¹ Eccli. 24, 5.

prender todo el alcance de aquellas célebres palabras evangélicas que los sectarios llamados *evangélicos* no han sabido descifrar: *De qua natus est Iesus: De la cual nació Jesús*¹? ¿Cuál es, pues, el misterio de vuestro conocimiento y de la ceguedad de los protestantes, tan desdeñosos para con la Madre del Salvador, como enemigos de la verdadera Iglesia? El misterio no es otro que la fe divina: es porque á vosotros os ha revelado estas verdades, no la carne y sangre, como dijo Jesús á Simón Pedro, sino *el Padre que está en los cielos*². Porque, para creer con verdadera fe cristiana, no basta leer las sagradas páginas del Evangelio é interpretarlas según el juicio privado del lector ó del pretendido maestro: es menester acompañar esta lectura con la sumisión voluntaria del entendimiento á la autoridad de la palabra de Dios declarada por el órgano legítimo de la predicación, que es la Iglesia; y eso es lo que hacéis vosotros y lo que no quiere hacer el orgulloso sectario. De ahí procede toda la diferencia entre la conducta impía del hereje y la piedad del católico: de ahí, el reconocer vosotros, y negar aquél las prerrogativas de la Mujer sin igual, que, sin recibir detrimento de su virginal entereza, fué elevada á la dignidad inefable de la maternidad divina, y por ende á la mayor altura á que puede ser sublimada una criatura, no sólo humana, sino angélica. Todo, pues, hermanos míos, es obra de la fe: efecto de ella es vuestra devoción á la Virgen, *de qua natus est Iesus*.

5. Las consideraciones expuestas bastarían, amados oyentes, para demostrar que María, por medio de su devoción, es el baluarte inexpugnable de la fe. Dé-

¹ Matth. 1, 16.

² Ibid. 16, 17.

mosle, empero mayor ensanche á la exposición de tan importante verdad. *Sin la fe*, dice el Apóstol, *es imposible agradar á Dios*¹. Sin la fe, pudiéramos también decir, es imposible agradar á María y tributarle culto: con ella, esta devoción se desarrolla necesariamente. Porque, en efecto, discurriendo rápidamente por el campo de las verdades que la fe nos descubre según el mismo Doctor de las Gentes, y de acuerdo con todos los testimonios de la revelación, por la fe entendemos ser uno solo el Criador de todas las cosas², infinito en perfección, á la vez que simplicísimo en su esencia, trino en sus personas, aunque uno é individuo en su naturaleza. Con la luz de esa antorcha divina de la fe llegamos á conocer el misterio recóndito de los siglos³, la Encarnación del Verbo de Dios en el seno de la Virgen anunciada por Isaías⁴, para llevar á efecto la redención del hombre caído, dejándola consumada de una vez para siempre en el *Sancta Sanctorum* del Calvario⁵. Finalmente, por esa misma fe sobrenatural, y no por obra del natural discurso, alcanzamos á entrever los bienes eternos é incommutables de la gloria⁶, como fruto de la redención, aprovechada por el concurso del libre albedrío con la gracia del Redentor. Y aquí tenéis, como en reducido cuadro, la suma de las verdades sobrenaturales descubiertas á la humana inteligencia por la antorcha esplendorosa de la fe. Ahora bien, mis amados hermanos; ¿no es cierto que todas las figuras de ese magnífico cuadro arrojan rayos de luz sobre la frente virginal de nuestra Madre benditísima? Aun más: al lado de las Personas divinas

¹ Hebr. 11, 6.

² Ibid. v. 3.

³ Col. 1, 26.

⁴ Is. 7, 14.

⁵ Hebr. 9, 12.

⁶ Ibid. 11, 1.

que llenan el cuadro de la Revelación, se descubre al primer golpe de vista, colocada en lugar propio, la dulce é interesante personalidad de María, de esa criatura *única*¹ por su perfección y su destino, entre todas las criaturas. Mirad: al lado del Padre aparece la Hija predilecta; á la diestra del Hijo se alza el trono de la Madre excelentísima; bajo las alas del Espíritu Santo reposa la Esposa inmaculada; al pie de la cruz está como enclavada la Madre adolorida; sobre los coros de los ángeles, entre los resplandores de la gloria, descuella incomparable la belleza de la Reina de los cielos; en una palabra, en todas las partes del cuadro campea la Virgen colmada de gracias y dispensadora de mercedes. El ojo iluminado por la fe la descubre sin esfuerzo.

6. Y otro tanto acontece en el campo de la historia. ¿Qué mejor argumento en favor de nuestra proposición? Las épocas de fe han sido las de mayor devoción á la Madre de Dios. Y digo más. Esta misma devoción hondamente arraigada en los pueblos es la que ha defendido la fe de los rudos ataques de todo linaje de enemigos. Paganos, mahometanos, herejes de infinitas sectas y denominaciones, incrédulos, cismáticos, en una palabra, cuantos adversarios ha vomitado el infierno contra la santa religión de Jesucristo, otros tantos han sido batidos en brecha por el culto de María, como por ejército dispuesto á la batalla². «Tú sola, ¡oh Señora! canta la Iglesia, heriste de muerte á todas las herejías en el universo.»³ Mirad, amados fieles, lo que pasa en la edad media, al alborear el siglo XIII, época de grata recordación para los devotos hermanos de las

¹ Cant. 6, 8.² Ibid. v. 3.³ Eccl. in off. B. V.

Mercedes, pues fué entonces cuando se inauguró milagrosamente la redención de cautivos, origen de esta querida advocación que celebramos. Aquéllos eran los tiempos de fe por excelencia, á pesar de las herejías que, á mano armada, solían perturbar los más florecientes reinos de la cristiandad: por entonces, rendidos ya los pueblos bárbaros al suave yugo de la Iglesia, habían abrazado con tanto ardor la fe católica como lo prueban, entre otros hechos, las épicas expediciones emprendidas para arrancar del yugo musulmán los santos lugares de la Palestina. Jamás como en aquella época respetóse tanto la autoridad de la Iglesia, á cuya voz obedecían á una los pueblos y los reyes, los cuales recibían de manos del Vicario de Cristo el cetro y la insignia del cruzado. No se respiraba entonces otra atmósfera que la de la fe. Aunque envuelta todavía en sombras de ignorancia la razón humana, y en pañales, como era natural, la civilización, tenían por toda luz los hombres de aquella época la santa fe cristiana profesada en toda su pureza, sin vacilaciones ni distinguos; poseían, pues, un foco de verdad religiosa y moral, y, por lo tanto, un germen fecundo de heroicos sentimientos desarrollados gradualmente en el corazón de las naciones. Y eran aquéllos precisamente los tiempos dorados de la devoción á María Santísima, los tiempos de las grandes instituciones marianas, como el rosario y el escapulario con sus fervorosas é insignes cofradías, tan sólidamente fundadas que hoy todavía florecen, al cabo de casi siete siglos. Y ¿fué acaso menos importante que las otras la fundación de la cofradía y escapulario de las Mercedes, árbol frondoso, cargado de infinitos frutos de piedad y misericordia que duran hasta el día? Fué entonces, finalmente, cuando la piedad de los pue-

blos hacía brotar del suelo, para honra de Nuestra Señora, en todos los países cristianos, aquellas grandiosas basílicas que son todavía y serán siempre el orgullo del arte cristiano¹.

7. Y lo que hemos demostrado, historia en mano, respecto de los tiempos, eso mismo debe asegurarse con relación á los países. Dondequiera salta á la vista la alianza de la devoción á María con la fe. Aquellos reinos y provincias se distinguieron por la pureza y firmeza de las creencias, que brillaron más por el ardor de su devoción á la Reina de la Iglesia. Dígalo por todos la católica España, cuna de la religión Mercedaria², y, en frase de sus entusiastas hijos, *tierra de María Santísima*, y no sin fundamento, por haber tomado posesión de ella con su presencia personal la Virgen Sacratísima. Hable nuestra pobre América, atestigüelo la afortunada Colombia, esta tierra clásica del catolicismo y de la devoción á María. ¿Á qué debemos atribuir un fenómeno tan maravilloso en el orden moral, como el de una fe no contrastada, ni debilitada siquiera en la masa de sus habitantes, por los redoblados ataques de la incredulidad reducida á sistema y armada de supremos poderes; á qué, digo, atribuir la firmeza de este pueblo en sus católicas creencias y prácticas, sino á la arraigada devoción de sus hijos á la soberana Virgen que sentó sus reales en Chiquinquirá?

Fué, pues, á María á quien debieron, con la libertad corporal, la conservación de su fe los cautivos cristianos

¹ Nuestra Señora de París, de Chartres, etc. etc.

² Fundada en Barcelona en 1218 por S. Pedro Nolasco y Jaime de Aragón.

allá en remotos siglos: á ella también deberán su inmunidad de la casi universal apostasía los pueblos cristianos del siglo XIX.

II.

8. Y, pues, María Santísima es el baluarte de la fe católica, no podrá menos de ser el más firme apoyo de la esperanza cristiana, que nace de esa misma fe¹. Pocas palabras habré de emplear en la exposición de esta verdad. Esperar cristianamente es aguardar de la bondad divina, infaliblemente fiel á sus promesas, la eterna bienaventuranza y los medios de alcanzarla, en suma, los bienes de gracia y gloria. *Gracia y gloria dará el Señor*, dice el Profeta². Con subordinación á estos bienes soberanos, la confianza de los hijos de adopción se extiende á todos los demás, alentada por la voz del Apóstol que discurre sólidamente en estos términos: *Quien no perdonó á su propio Hijo, antes lo entregó á la muerte por darnos la vida, ¿cómo no nos dará todas las cosas juntamente con él?*³ La paz interior y exterior, la vida temporal y los medios de conservarla y defenderla, el alivio de nuestras penalidades, los recursos materiales, la salud, la libertad, el contento, la prosperidad de todo género... todo eso podemos y debemos esperarlo confiadamente de la liberalidad de Aquel que, como padre solícito y amorosísimo, atiende al bienestar cumplido de sus hijos. *Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis*⁴. Y es en los días de tribulación, en las grandes y públicas calamidades, al ver gemir á todo un pueblo bajo el azote del infortunio, cuando cumple á la esperanza

¹ Hebr. 11, 1.

² Ps. 83, 12.

³ Rom. 8, 32.

⁴ Matth. 6, 32.

desplegar todas sus energías y mostrar su firmeza in-contrastable. La magnitud misma del mal suele servir de incentivo y despertador de la esperanza, como en el corazón magnánimo del patriarca Abrahán: *In spem contra spem*¹.

9. La suerte de los cautivos cristianos, aherrojados en las durísimas cárceles del África por bárbaros piratas, no podía ser más cruel, ni su situación más desesperada. Renuncio al intento de bosquejar un cuadro tan cargado de sombras y de horrores. Vosotros seguramente habréis entrevisto en vuestra sobreexcitada fantasía la espantosa lobreguez de aquella situación de las víctimas del fanatismo y la barbarie musulmana. Pero el cautivo cristiano no desesperaba: era devoto de María, *consoladora de afligidos*². Á María se le iban los ojos arrasados en lágrimas, candentes como la arena de aquellas playas; á María llamaban sus lamentos y los de toda la Iglesia, solidaria de la suerte de sus pobres hijos. El pueblo fiel profesaba sin duda la creencia del meliflúo Doctor de la edad media, San Bernardo, de que Dios ha decretado que todos los bienes y el remedio de todos los males nos vengan de María³; y he aquí por qué la invocaba á gritos con firmísima confianza. El gran cristiano y noble francés, San Pedro Nolasco, no cesaba de rogarle postrado ante su altar de Barcelona, y—lo sabéis—la Madre piadosísima no resiste á tantos ayes y descende de su trono entre coros de ángeles para disponer personalmente y concertar con su siervo los medios de libertar del cautiverio á sus queridos hijos. Ella misma, vestida

¹ Rom. 4, 18.

² Eccl. in Lit. lauret.

³ S. Bernardo apud *Alph. de Lig.*, Glorias de María.

con el hábito blanco de su orden, va á romper las ominosas cadenas y franquearles el camino de la patria. De regreso á sus hogares, los antes desventurados y ahora bienhadados cautivos entonan á su Redentora el cántico de los habitantes de Betulia á la valerosa Judit: *Tu gloria Ferusalem...*¹ Y este hecho bastaría para certificarnos que María es el áncora de la cristiana esperanza. Ella es, finalmente, el incentivo de la caridad, como vamos á ver en la tercera parte.

III.

10. Contemplad á ese varón insigne cuyo nombre va unido al de la Virgen de las Mercedes, como instrumento principal escogido por ella para ejecutar la obra magna de la redención. Mirad á Pedro Nolasco postrado á los pies de María, conjurándola á venir en ayuda de los míseros cautivos. ¿No véis cómo se dilata su corazón, se inflama su semblante seráfico, el fuego de la caridad arde en sus venas, levántase como un gigante para acometer la obra colosal de restituir la libertad á millares de víctimas de la más odiosa tiranía? Y ¿quién ha encendido ese volcán de caridad en el pecho de Nolasco? La devoción á María. Y ¿qué decir de sus dignos colaboradores, San Raimundo de Peñafort y el rey Don Jaime de Aragón? Á todos tres se aparece la Virgen simultáneamente, y á todos inflama en los mismos vehementísimos ardores por llevar á cabo los designios de María, mediante la fundación de una poderosa milicia espiritual, ó sea, de una orden religiosa consagrada por voto heroico á rescatar prisioneros en África á precio de oro, ó, si menester

¹ Judith 15, 10.

fuese, á cambio de la propia vida y libertad. Fué, pues, como se deja ver, al calor de la devoción de María, como nació y se desarrolló esa admirable institución cristiana, la orden Mercedaria, uno de los más bellos y grandiosos monumentos de la caridad. La hermandad de las Mercedes debe ser, á falta de la religiosa familia, la heredera entre nosotros del espíritu de abnegación y caridad de aquella esclarecida orden. Fué, para decirlo todo, la misma devoción, la piedad filial de los hijos de María Santísima, la que formó de todo el pueblo cristiano un solo corazón y un solo brazo para cooperar con los héroes Mercedarios á la ejecución de la empresa redentora, llevada á cabo en muchos siglos por el esfuerzo generoso y constante de la caridad. Y basten estos datos para dejar sentada la verdad de nuestro aserto.

II. Porque lo que aconteció en el caso á que nos referimos y con cuyo recuerdo nos regocijamos, eso mismo ha acontecido en otros ciento, como atestigua la historia, y eso tiene que acontecer siempre, dada la naturaleza de la verdadera devoción á la Madre de Dios y de los hombres. ¿Quién hay que contemple en María ese doble carácter maternal, y no se abraze en el santo ardor de la caridad de Dios y del prójimo? Si María es Madre de Dios ¿cómo no amar á Dios amando á María? Y, si ella es madre de los hombres ¿cómo puede amársela de veras sin amar á sus queridos hijos? De aquí es que el amor á la Señora, esencial elemento de su devoción, tiene que despertar ó reavivar en las almas el amor de Dios y de los hombres por Dios, en que consiste la virtud sobrenatural y divina de la caridad. De donde me atrevo á inferir que no cabe devoción á la Virgen, digna de este nombre, en

un corazón enfriado y endurecido por el egoísmo, porque en tierra tan pobre y dura no puede florecer aquel árbol tan fecundo como gigantesco. No, la devoción á la Virgen de las Mercedes, entendedlo bien vosotros que os gloriais de llamaros hermanos, no es una planta raquílica, ni mucho menos un árbol estéril como la higuera maldita del Evangelio. Ella no se limita á dar culto á la Reina del cielo tres ó cuatro días en el año con más ó menos pompa exterior y más ó menos muestras de piedad pasajera. Ella se extiende á la santificación de las almas y al bien de la Iglesia y aun de la sociedad. Todo impulso generoso en pro del público bienestar material y moral, se inspira de ordinario en la devoción á María; ningún proyecto caritativo se realiza entre los fieles sin el amparo y la protección de la dispensadora de todos los bienes. Testigo de ello, la historia de la Iglesia; testigo, la experiencia diaria. Por eso la hermandad de Nuestra Señora de las Mercedes, una de las más numerosas en este suelo católico de Antioquía, debe aspirar á grandes cosas, como que está destinada á producir grandes bienes en el orden religioso y moral. ¡Lástima sería no aprovechar con ventaja los poderosos elementos que proporciona tan importante agregación! Concurrir eficazmente al sostenimiento de la fe en las poblaciones amenazadas por el protestantismo y la incredulidad; reanimar en todas partes el fervor de los indiferentes; moralizar las costumbres de los pueblos entregados á la embriaguez y otros vicios gangrenosos, principalmente por medio del ejemplo de vida irreprochable; consolar de esta manera á la Iglesia santa, afligida por tantos desórdenes y apostasías y ruina de almas; contribuir, en fin, á toda buena obra, sobre todo á las de miseri-

cordia espiritual y corporal, de acuerdo con el espíritu primitivo de la familia Mercedaria: he ahí, mis amados hermanos, cuáles deben ser los resultados inmediatos de vuestra hermandad y de vuestra devoción á María Santísima en su dulce advocación de las Mercedes. Á vuestra fidelidad en el cumplimiento de tan santos deberes reserva la Virgen fidelísima un cúmulo de gracias en la tierra, y el goce de la eterna libertad en la patria bienaventurada. Así sea.

PANEGÍRICO DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(predicado en Medellín, 1894).

María, reina y dispensadora de la gracia.

Ave, gratia plena... Luc. 1, 28.
Ora pro nobis peccatoribus. Eccl.

1. Ahí tenéis, amados fieles, á la soberana Virgen María en el trono que le ha alzado vuestra devoción, más hermosa y resplandeciente que todas las flores que, frescas y embalsamadas, la rodean: *Rodeábanla, como días de verano, las flores de las rosas*¹. María, flor del cielo, brotada milagrosamente en el erial de la tierra, bella entre todas las flores del Paraíso de delicias, tiene singular complacencia en verse rodeada de toda suerte de flores, pero señaladamente de rosas encendidas y fragantes, mezcladas con los lirios nacidos en los valles. *Fulcite me floribus*². Pero comprended bien, cristianos, el sentido de esta afirmación. Por más

¹ Eccli. 50, 8.

² Cant. 2, 5.

gratos que le sean nuestros obsequios materiales, y la magnificencia del ornato que engalana sus altares, y la profusión de flores que perfuman sus templos, todavía lo son más las fervorosas oraciones y los homenajes de amor y de piedad que le tributan sus amantes hijos, los pobres desterrados del antiguo Edén. Éstas son las flores más bellas á sus ojos. Las rosas de la caridad y los lirios de la pureza forman la más agraciada y vistosa guirnalda que el hombre puede entretejer en obsequio de la gran Reina de los cielos, de la Madre de Dios y de los hombres. Por eso la devoción que se llama del *Rosario*, cuya solemnidad hoy celebramos con brillante aparato, es para María, podemos afirmarlo sin vacilar, la devoción más agradable. Cada salutación que se le dirige, es como un vuelo del corazón que va en busca de la criatura por Dios escogida para ser el instrumento de la mayor de sus obras en el tiempo. Cada súplica que á la salutación se añade, no es otra cosa que un jay! lanzado desde el hondo valle de lágrimas hasta el radiante trono de la poderosa Medianera de la desvalida humanidad. Es, pues, la recitación del Santísimo Rosario de María, un dulcísimo y armonioso concierto, dispuesto para regalar el oído de Aquella que mereció escuchar en el retrete de Nazaret, el *Ave* del celestial mensajero; porque, en hecho de verdad, el rosario es simplemente el eco de la voz de Gabriel cien veces repercutido de valle en valle, de siglo en siglo, del uno al otro confín del universo: *Ave, ave, ave....* Es el cumplimiento exacto de la profecía de la misma Virgen: *Todas las generaciones me aclamarán bienaventurada*¹.

¹ Luc. 1, 48.